



## CHILINDRÓN Y EL CINE DE VERANO

El cine de verano lo cierran con las primeras lluvias de septiembre. Se hace raro ver un solar vacío, sin las sillas puestas y la caseta del bar con la persiana echada. Retiraron la tela blanca de la pantalla y el cine se quedó desnudo, como si a un barco le arriasen su vela blanca y se quedara encallado sin

remisión en un mar de otoño. Ya no le esperan más que las tormentas y el frío. Adiós verano, adiós cielos añiles siempre diciendo “¡hola! ¡Bienvenido!”. Adiós luna escarchada de limón y hielo picado; adiós ruedas de estrellas; adiós blancos, pequeños jazmines siempre bienhumorados; adiós niñas con calcetines blancos y lazos de pompón; adiós parejas de las últimas filas. Adiós a todo eso, dense por despedidos. Al pobre Chilindrón se le subía un no sé qué a la garganta viendo el cine en silencio. Los viejos revólveres tiritan de polvo en la barra del saloom. La tapa del piano está cerrada. No hay tahúres de riguroso luto mirando los naipes. Ya no hay diamantes rojos de las dulces coristas de falda arremangada. Los sioux han perdido la cinta de la frente, y el penacho del jefe está en el barro. El halcón milenario tardará tanto en volar de nuevo, si es que vuela.

Chilindrón había entrado por la puerta mal cerrada. Sentía un no sé qué en los labios al verlo todo tan triste, tan sin gente. Solo quedaba la palmera en pie, como un jirón del verano que no se quiere ir. “Se nos ha ido el verano”, pensaba Chilindrón. “Todo se acaba y nosotros...” Sí: estaba a punto de pensar: “Y nosotros con él”, pero se salvó por la campana. Si lo hubiera dicho, él ya no sería Chilindrón, sino el señor Rodríguez, un don nadie. La fatalidad, el miedo le habrían arrebatado las gafas de los portentos. Y ya para siempre sus ojos serían grises como el invierno. Entonces vio un hombre apoyado en la barra del bar. Era alto y muy fuerte; el corpachón enorme se bamboleaba y se dejaba caer sobre la barra del bar cerrado. Tenía el pelo y la barba muy morenos. Las dos enormes manazas sostenían un bocadillo grande, de una barra entera, muy a propósito aplacar las hambres de aquel forzudo. Ese hombre, en un cine abandonado, se parecía a Bud Spencer. Era clavadito a él.

-Pero...tú...tú..., dijo Chilindrón.

-Sí, Bud Spencer. Ese soy yo. El mismo que viste y calza.

Chilindrón lo miraba con los ojos muy abiertos, sin saber a ciencia cierta si aquel tipo era de verdad o no...

-¿No me vas a pedir un autógrafo?

La tarde iba de caída y las sombras se amontonaban en el solar vacío. Todo era mentira. Todo parecía mentira: el verano, el cine vacío, Bud Spencer, la palmera...

-Pero tú...¿tú no serás un...?, dijo o pensó Chilindrón, que ya empezaba a no estar seguro de nada.

-¿Un fantasma? Siendo esto que ves en mis manos un acreditado bocadillo de jamón del bueno, yo no puedo ser un fantasma. Vivo o muerto, me buscan tres cherif del condado. Vivo o muerto, yo soy quien soy, y no hay más que hablar. Muchacho, ¿quieres el autógrafo o no?

-Pues..., chilindrón estaba a punto de responderle.

-No hace falta que me lo digas. Puedo leer tu frente. Has pensado que sí. ¿Tenemos un bolígrafo a mano? Ten he visto las intenciones, muchacho. Hace un momento pensaba que adiós verano y adiós...Pero la cosa no se termina aquí. El The End de las películas es una mentirijilla, una verdad a medias. Yo me he pasado toda mi vida arreando collejas a todo malo viviente. Pensaba salvar al mundo y lo que escuchaba eran carcajadas del público. ¡Qué chasco!

-Entonces tú eres...

-Y dale...Pues claro que sí. Pero a ti quién te ha dicho que todo se acaba.

-Nadie, yo solito lo estaba empezando a pensar.

-Pues te equivocas. Yo ahora pasaré el verano ahí arriba, en la caseta de máquinas del proyector. Se dejaron abierta la caja de un rollo y he salido a estirar las piernas un rato. Tenemos todo este tiempo hasta el verano. Vuelve cuando quieras, y que no se te olvide el bolígrafo.

Chilindrón se despedía.

-Ah, dile a tu madre que me prepare un buen plato de habichuelas. Tengo hambre.

Cuando Chilindrón se alejaba hacia la salida, oyó que le gritaban:

-Llegará el verano. Repartiremos risas y collejas. Y también volará de nuevo el arcón milenario.

Chilindrón se volvió a mirar. Pero ya no había nadie.

Desde la caseta de la proyección se oía:

-El The End no existe, Chilindrón. Eso es mentira.

Chilindrón no contó jamás, ni siquiera al camarón Ortega, que él era amigo de Bud Spencer. ¿Cómo se las apañaría para llevarle un plato de habichuelas al cine de verano?

Imagen: <https://worldfilmgeek.com/2016/06/28/a-tribute-to-bud-spencer-1929-2016/>